

# Guerra fría en el agro chileno: la reforma agraria de Allende desde la perspectiva soviética (1970-1973)

Recibido: 21-11-2023

Aceptado: 10-05-2024

## Evguenia Fediakova

ORCID: 0000-003-1481-8586

Correo: [evguenia.fediakova@usach.cl](mailto:evguenia.fediakova@usach.cl)

Filiación: Académica del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

## Alessandro Santoni

Correo: [alessandro.santoni@usach.cl](mailto:alessandro.santoni@usach.cl)

ORCID: 0000-0002-7159-311X

Filiación: Académico del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

## Pablo Lacoste

Correo: [pablo.lacoste@usach.cl](mailto:pablo.lacoste@usach.cl)

ORCID: /0000-0003-1876-8141

Filiación: Académico del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

## Financiamiento

Proyecto ANILLO "Mestizo cultural heritage and appreciation of the local culture. Forgotten lessons from the cold war". ANID. Código ATE 220008.

## Resumen:

Este artículo busca abordar la Reforma Agraria del gobierno de Allende situándola dentro del contexto de la Guerra Fría e interesándose por como las iniciativas de la izquierda chilena en el agro fueron percibidas por lo que era un aliado natural del gobierno de la Unidad Popular (UP), la Unión Soviética (URSS). Basándose en documentación de archivo en que diplomáticos, analistas y agentes de inteligencia soviéticos analizan el proceso y los debates políticos que este generó, el trabajo pone énfasis en el diagnóstico extremadamente crítico que todos emitían respecto a los resultados de la Reforma y sus efectos negativos para las relaciones del gobierno con el campesinado y la clase media. Tales conclusiones echan luz sobre algunas de las principales limitaciones prácticas e ideológicas que caracterizaban, desde el punto de vista de la URSS, a la Revolución chilena.

**Palabras clave:** URSS, vía chilena al socialismo, Unidad Popular, Reforma Agraria, Guerra Fría.

## Abstract

This paper addresses Salvador Allende's government Agrarian Reform, placing it within the context of the Cold War and focusing on how the Chilean left initiatives in agriculture were perceived by what was a natural ally for the Popular Unity's government: the Soviet Union (USSR). Based on archival documentation in which Soviet diplomats, analysts and intelligence agents analyze the process and the political debates that it generated, the work emphasizes the extremely critical diagnosis that they issued regarding the results of the Reform and its negative effects for the government's relations with the peasantry and the middle class. Such conclusions shed light on some of the main practical and ideological limitations that characterized, from the point of view of the USSR, the Chilean Revolution.

**Keywords:** USSR, Cold War, Chilean way to socialism, Popular Unity, Agrarian Reform

## Introducción

El presente trabajo analiza cómo las prácticas y modos de implementación de la Reforma Agraria de la Unidad Popular (UP) fueron vistos por los analistas y expertos que inspiraron la política de la Unión Soviética (URSS) hacia el contexto chileno. De esta manera aborda las tensiones que caracterizaron a las iniciativas llevada a cabo por el gobierno Allende en el agro desde una perspectiva aún poco indagada, que entronca con los estudios sobre la dimensión internacional de los procesos políticos chilenos en la época de la llamada Guerra Fría (Fernandois, 1998; Ulianova, 2009; Riquelme, 2014). El punto de vista soviético cobra una particular importancia. Al tratarse del país guía del campo socialista y de la cabeza de un movimiento internacional al cual pertenecían los comunistas chilenos, la URSS era percibida como uno de los aliados “naturales” de la “vía chilena al socialismo”, pese a que el proyecto impulsado por la coalición de la Unidad Popular (UP), síntesis de una pluralidad de visiones y sensibilidades político-partidistas, mal se conciliaba con sus perspectivas doctrinarias y prioridades de política exterior.

Durante los últimos 50 años la academia chilena se ha interesado por estudiar el tema de la Reforma Agraria y ha logrado avances significativos (Huerta, 1989; Garrido, 1988; Tinsman, 2005; Canales, Razeto y Valenzuela, 2018; Chonchol, 2018; Robles, 2020; Valdés, 2016; VV.AA., 2017; Moreno, 2014; Illanes y Recabal, 2014; Avendaño, 2017; Bengoa, 2016; Tinsman, 2016; Correa, 2017; Oszlak, 2016; Palieraki, 2020; Vasconcelos, 2020; Navarrete, 2020), pese a que el carácter traumático del proceso ha generado incluso en las ciencias sociales tendencias encontradas, no disociables de los respectivos posicionamientos políticos y vivenciales. Pese al interés recibido, existen todavía muchos aspectos relevantes de la Reforma Agraria que quedan a la espera de ser estudiados con mayor profundidad. Entre ellos, merece atención el papel y el punto de vista de los distintos actores internacionales que tuvieron incidencia en el proceso político atravesado por el país durante la segunda mitad del siglo XX. Esta perspectiva permite abrir una nueva dimensión de análisis a un campo de estudios que se ha enfocado en la relevancia de estos actores y en la inserción de la política chilena en la era y contexto de la Guerra Fría global (Westad, 2006). Por lo general, estos trabajos se han centrado en los procesos de transferencia ideológica o en los flujos de financiación aportada a actores nacionales en función de sus proyectos políticos. En este trabajo pretendemos ver su incidencia en un área económica y social específica, el agro, que no solo estuvo al centro de la disputa política local, sino que también tuvo un papel central en marcar las perspectivas de intervención externa en los asuntos chilenos.

Este tópico tiene distintas facetas, pudiéndose analizar a nivel del apoyo económico y técnico que los actores externos prestaron a los planes de los bandos políticos locales, o también abordándolo en relación a la adopción, por parte de estos últimos, de modelos para la reforma que procedían de experiencias foráneas

emblemáticas. También, y acá está el foco del presente trabajo, centrado en las fuentes soviéticas, dando cuenta de la percepción que los actores internacionales tenían sobre los planes de reforma locales y su ejecución, percepción que estaba basada en la mayor o menor correspondencia con criterios e ideas aferentes justamente a sus propios modelos de reforma. En Chile esos años vieron articularse y sucederse proyectos de transformación de la sociedad de signo diferente, como la “Revolución en Libertad” del gobierno de Frei, la “vía chilena al socialismo” que encontró expresión en el gobierno de Allende y, posteriormente, el proyecto de corte neoliberal impulsado por los Chicago Boys durante la dictadura militar (1973-1990). Lejos de ser impuestos mecánicamente desde afuera, sus principales impulsores fueron los actores políticos chilenos, si bien con el apoyo político y económico de poderes pertenecientes a los dos campos en disputa en la Guerra Fría. Cada uno expresaba, con rasgos distintivos y modalidades originales, las opciones que los actores locales tomaban respecto a la contienda global y a la disyuntiva entre distintas formas de organización de la sociedad.

La Reforma Agraria puede y debe ser visualizada y estudiada en el marco de estas tensiones. La Reforma Agraria comenzó formalmente, pero sin efectiva voluntad de darle curso, durante el gobierno conservador de Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964)<sup>1</sup>. Despegó con la administración demócratacristiana de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), contando con la inspiración y el activo apoyo de la jerarquía eclesiástica (Pastoral colectiva del episcopado chileno, “La Iglesia y el problema del campesinado chileno”, 1962), además del gobierno demócrata de EE.UU. Finalmente llegó a su expresión más radicalizada con el gobierno de Salvador Allende Gossens (1970-1973), como parte integral de un proyecto de transformación de la sociedad chilena en dirección del socialismo. Durante los gobiernos de Frei y Allende se expropió y redistribuyó lo que representaba una parte mayoritaria de las tierras con capacidad agrícola de Chile, equivalente a aproximadamente a 9,8 millones de hectáreas. Este cambio representó un proceso formidable de transferencia de propiedad de la tierra de grupos terratenientes a organizaciones estatales, cooperativas de campesinos, y pequeños propietarios individuales. Fue la más trascendente transformación del paisaje rural de la historia de país, cambiando radicalmente la estructura social del campo chileno, y liquidando casi por completo el sistema latifundista imperante hasta ese momento. El enfrentamiento global entre comunismo y capitalismo tuvo una incidencia importante en su desarrollo. Y ambas superpotencias, los EE.UU. y la URSS, desempeñaron un papel activo en el proceso, si bien de manera muy distinta. El impulso lo dieron, al iniciar la década de los 60, los mismos EE.UU. En respuesta a la radicalización de la Revolución cubana (1959) que amenazaba con poner a riesgo la estabilidad política del continente, la administración Kennedy lanzó en 1961 la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda cuyo fin era neutralizar el “peligro rojo”, alentando la modernización y el desarrollo social de la región. Este esfuerzo implicó, entre otras cosas, la promoción de

<sup>1</sup> Cabe recordar la ley N°15.020 de 1962, la llamada “ley del macetero”, que de todos creó a instituciones que iban a jugar un papel relevante en los años siguientes tales como la Corporación de Reforma Agraria (CORA) y al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP).

reformas agrarias que dieran solución a los enormes problemas sociales existentes en el continente y que pusieran fin a la persistencia de latifundios improductivos, utilizados como base de prestigio social, con el fin de promover modelos de producción más eficientes y rentables. En este contexto la “Revolución en libertad” de Eduardo Frei gozó, sobre todo en su fase inicial, del activo apoyo político y financiero de Washington, donde era considerada el más serio y prometedor de los experimentos reformistas latinoamericanos (Hurtado-Torres, 2020, pp. 46-71; Botella y González, 2023). Posteriormente, los EE.UU. jugaron un papel fundamental en fomentar y apoyar a la oposición al gobierno de Allende.

Por su parte, cuando la Unidad Popular llegó al poder, buscó apoyo económico en Moscú, cuyo principal interlocutor dentro de la coalición era el Partido Comunista guiado por Luis Corvalán. La reticencia de la Unión Soviética a involucrarse incondicionalmente en apoyar al gobierno de Allende, es un hecho bastante conocido (Ulianova, 2020; Pedemonte, 2020, pp. 154-185). Esta respondía a consideraciones geopolíticas, económicas e ideológicas. Las primeras derivaban de las exigencias de la distensión, que aconsejaban no tensionar el equilibrio con los EE.UU. en el continente latinoamericano. Las segundas guardaban relación con la escasez de recursos para destinar a Chile, considerando también la falta de complementariedad entre las dos economías. Las consideraciones ideológicas, que inspiraban el profundo escepticismo con el cual la URSS evaluó la acción de gobierno de la izquierda chilena, mostraron diferentes aristas, incluso aparentemente contradictorias. Si, por un lado, la gestión de un proyecto revolucionario por el camino democrático contradecía los supuestos doctrinarios del socialismo real, por otro la concepción de que existieran distintas etapas en el camino de los distintos países hacia el socialismo convergía con las consideraciones geopolíticas y económicas en desalentar toda tendencia a acelerar el ritmo del proceso. Esta segunda dimensión lejos de aconsejar a “hacer como en la misma URSS”, impulsaba a ver con favor que en Chile se persiguiera un camino más gradualista. Lo que a su vez agudizaba aún más la preocupación por toda manifestación de “extremismo” y “voluntarismo” (siempre en línea con la ideología oficial marxista-leninista). Frente a la diversidad de enfoques que se elaboraron dentro de la izquierda chilena, la perspectiva soviética debía no poco a las preocupaciones de una época marcada por el conflicto sino-soviético, el desafío del guevarismo, el tercermundismo y otras experiencias que desafiaban las credenciales revolucionarias de la URSS<sup>2</sup>. Al mismo tiempo, la Unión Soviética, comprometida en estas disputas teóricas frente al proceso que se abría en Chile, tenía presente las lecciones de varias reformas agrarias que se habían implementado en su propio espacio, a partir de la Revolución de 1917, lecciones relativas a

2 Durante el período de “distensión” los partidos de ultraizquierda y los movimientos guerrilleros “foquistas” fueron vistos desde Moscú muy negativamente: según la doctrina soviética oficial, eran “desviaciones del socialismo” que dividían la “unidad del Movimiento Comunista Internacional”, al cual la URSS pretendía tener el monopolio de dirigir.

la cuestión del campesinado, su alianza con la clase obrera, al abastecimiento de las ciudades, y a la cuestión de los beneficios económicos<sup>3</sup>.

Las fuentes abordadas incluyen documentos públicos y clasificados relevados en los archivos del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), del Archivo del Ministerio de Política Exterior de la Federación Rusa (FR), así como del archivo personal de la investigadora del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS, Irina Zorina<sup>4</sup>. Tales documentos han sido traducidos por Olga Ulianova y Evguenia Fediakova y publicados por el Centro de Estudios Públicos (CEP) en 2000. También se ha usado documentación relativa a la correspondencia de la embajada soviética en Santiago, disponible en el Archivo Nacional Ruso de Historia Contemporánea<sup>5</sup>.

### **La Reforma en el agro chileno entre 1964 y 1973: visiones en pugna.**

Si bien la idea de terminar con el latifundio y modernizar el campo gozaba de amplio consenso en el país, además del aval de poderosos actores internacionales, el proceso fue marcado por la contraposición entre proyectos de reforma alternativos, el de la Democracia Cristiana (DC) y el de la izquierda, en competencia directa entre ellos y portadores de distintas cosmovisiones ideológicas. Al mismo tiempo, fue caracterizado por la existencia de divisiones al interior de estos dos proyectos. La reforma de la DC, bajo el lema “la tierra para el que la trabaja”, había previsto la expropiación de predios rústicos que excedían 80 hectáreas de riego básicas, además de algunas excepciones (Moreno, 2014)<sup>6</sup>. Postulaba distintos tipos de propiedad –familiar, cooperativa y mixta– según un esquema que abrió paso a distintas interpretaciones, dentro del partido y en la oposición. La creación de “asentamientos campesinos” pensados como entidades provisorias de trabajo colectivo agregaba un elemento novedoso y muy cuestionado. El proceso fue el objeto de polémicas y enfrentamientos, que contribuyeron bastante a la dinámica de polarización política de aquellos años. Por un lado, estaba la encarnizada oposición a todo tipo de cambio de los sectores terratenientes vinculados a la derecha tradicionalista que perdieron privilegios incrustados: estos, incluso en las décadas siguientes, responsabilizaron a Frei de ser el que le había puesto fin a

3 Inclusive debería considerarse como, en el contexto latinoamericano de la época, la perspectiva soviética estuvo marcada por la evolución de la reforma agraria en Cuba, sobre todo después del fracaso en alcanzar la meta de la “zafra de los diez millones” en 1970: fracaso que había jugado un papel relevante en determinar el definitivo reacercamiento del líder cubano con Moscú.

4 I. Zórina era una de los académicos que publicaban sus artículos en revistas especializadas académicas como en revistas especializadas de uso restringido orientado al Comité central y KGB.

5 Esta nos ha sido amablemente proporcionada por el Dr. Andrey Schelchkov, académico del Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de la FR.

6 Cabe especificar que el gobierno de Frei inició a operar usando la ley de Alessandri. Solo en 1967 se promulgó la nueva ley 16.640 (con amplia mayoría en el Congreso), y una ley de sindicalización campesina, la n. 16.625.

“su mundo” y abierto paso a la radicalización que iba a conducir a la victoria del socialista Allende (Correa, 2017; Oszlak, 2016). Por otro lado, la izquierda agrupada en el Frente de Acción Popular (FRAP), criticó la insuficiencia del proceso, cuestionando los ritmos y los límites con que avanzaba, y buscó por ello acelerar la movilización campesina (Redondo, 2015). Al mismo tiempo se manifestaban, cada vez con más fuerza, serias divergencias en seno de la DC, donde –sobre todo a partir del estancamiento que afectó la ejecución del programa de gobierno después de 1967– tomaron cuerpo voces partidarias de un giro hacia la izquierda que condensaron en la fundación, en 1969, del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU)<sup>7</sup>.

Con la llegada al poder de Allende, la política de Reforma Agraria pasó por un significativo cambio de rumbo, puesto que ahora estaba concebida en el marco de un programa cuyo objetivo era avanzar hacia un proyecto de sociedad de tipo socialista: un proyecto que, respecto al de la DC, se situaba abiertamente al otro bando de la contienda global de la Guerra Fría. Pese a usar la misma ley 16.640 aprobada por el gobierno Frei, la UP amplió y radicalizó de manera decisiva los objetivos de la Reforma. Las consignas del nuevo gobierno fueron acelerar y ampliar las expropiaciones, con el objetivo de completar el proceso de supresión total del latifundio (Gazmuri, 1971, en Farías, 2000, pp. 691-692). El programa básico de la UP, considerando “los vacíos o inconsecuencias” de la reforma implementada por el gobierno Frei, indicaba un conjunto de directivas que miraban a un sustancioso salto adelante. El punto 1 por ejemplo establecía la “aceleración del proceso de Reforma Agraria” con la expropiación de predios que excedan a las 80 hectáreas de riego básicas, incluyendo ahora “incluso los frutales, vitivinícolas y forestales sin que el dueño tenga derecho preferencial a elegir la reserva. La expropiación podrá incluir la totalidad o parte de los activos de los predios expropiados (maquinarias, herramientas, animales, etc.)” (Programa básico de gobierno de la Unidad Popular, 1970). En línea con los criterios que aplicaban a la entera estructura productiva del país, se planteaba la existencia de tres formas de propiedad en el agro, es decir, la estatal, la cooperativa (gestionada por los mismos campesinos) y la privada. En lo específico el punto 3 se refería a que: “las tierras expropiadas se organizarán preferentemente en formas cooperativas de propiedad”, pero al mismo tiempo agregaba que “cuando las condiciones lo aconsejen, se asignarán tierras en propiedad personal a los campesinos, impulsando la organización del trabajo y de la comercialización sobre bases de cooperación mutua” y que “también se destinarán tierras para crear empresas agrícolas estatales con la tecnología moderna” (Programa básico de gobierno de la Unidad Popular, 1970)<sup>8</sup>. Era un enfoque que dejaba espacio a distintas interpretaciones, lo que iba a tener consecuencias importantes en la gestión del proceso, puesta la existencia de ideas y métodos divergentes en el seno de la izquierda chilena. El

7 A este sector pertenecía Jacques Chonchol, quien durante el mandato de Frei asumió el cargo de vicepresidente del INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario), para luego asumir en 1970 el cargo de Ministro de la Agricultura del mismo gobierno de Allende.

8 Los “20 puntos básicos de la Reforma Agraria” a su vez asignaban al Estado la función de industrialización y comercialización de la producción agropecuaria (Huerta, 1989).

mismo Presidente trató de aplacar las aprensiones de muchos segmentos sociales cuando reafirmó el “respeto por la propiedad privada de medianos y pequeños agricultores”. En las palabras del mandatario “habrá libertad irrestricta de parte del campesino para decidir su ingreso o no a estas nuevas formas de organización de la propiedad” (apud Quiroga, 1989, p. 126). En el mismo discurso de 1971 el mandatario recordó la experiencia de la NEP (Nueva Política Económica) aplicada en Rusia entre 1921 y 1928:

*“Esa nueva política económica tuvo, fundamentalmente, como preocupación, cambiar la táctica que había seguido en la aplicación de la Reforma Agraria y el reconocimiento a los pequeños y medianos agricultores. Lo señalo porque, en muchas partes, y también en nuestro país, mucha gente vive un tanto afiebrada...”* (apud Quiroga, 1989, p. 125).

Cabe notar de paso que, considerado lo que vino después de la NEP en la experiencia soviética (el genocida proceso de colectivización guiado por Stalin), no era una alusión muy alentadora para “medianos y pequeños agricultores”. De todos modos, en los hechos, el principal foco de la acción del gobierno fue el de crear y gestionar haciendas estatales y empresas colectivas, en que se buscaba implementar mecanismos de poder de los trabajadores. Algunas de las iniciativas buscaron dar coherencia a la acción del gobierno, pero terminaron por darle nuevos argumentos a la oposición. Se introdujeron nuevas figuras, como los Centros de Reforma Agraria (CERA) y los Centros de Producción (CEPROS), con el fin de integrar a los campesinos en unidades productivas de carácter colectivo. Al mismo tiempo, se crearon los Comités campesinos, con el fin de impulsar la participación de todos los sectores de trabajadores agrícolas en el proceso de tomas de decisiones.

Otro problema es que, lejos de seguir un modelo de planificación centralizada, el proceso se vio tensionado por las distintas perspectivas existentes entre los partidos de la izquierda y por las expectativas de la base, con el efecto de multiplicar las expropiaciones que se adelantaban a la acción gubernamental y le forzaban la mano. El mismo gobierno, en ciertos casos, usó las tomas para superar los obstáculos interpuestos por la clase propietaria, alimentando el clima de desconfianza. En ese contexto, la oposición pudo aprovecharse de la situación para sembrar el pánico entre la opinión pública y segmentos importantes del mundo agrario. Pronto, iba a surgir el problema de mantener la producción de alimentos a niveles que permitieran dar abasto para toda la población. Frente a este fenómeno Allende advertía:

*“Yo le voy a echar para adelante; no le voy a poner el pie al freno, camaradas. Pero que lo sepan de una vez por todas, sobre todo los militantes de la Unidad Popular: aquí hay un Gobierno y un Presidente... si cada cual toma el camino que se le ocurra, aquí se va producir el caos, compañeros, y eso es lo que ellos quieren”* (apud Quiroga, 1989, p. 73).

Las tensiones respecto a cómo implementar la Reforma Agraria reconducen a la tensión de fondo que atravesaron todo el periodo de la UP respecto a cómo avanzar, a qué ritmo, qué expropiar y qué no, y cómo gestionarlo. El Presidente tenía que manejarse con la gestión de los equilibrios dentro de una izquierda heterogénea, en que no solo el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), externo a la coalición de gobierno, sino que un sector de su mismo partido, el Partido Socialista, bajo el mando de Carlos Altamirano, se orientaba hacia posiciones tendientes a acelerar los procesos y buscar el enfrentamiento directo con los adversarios. Respecto a la Reforma Agraria, la opción del “polo revolucionario” –en que convergían el MIR, con su filiación, el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), con sectores del socialismo y el MAPU– apuntaba a “forzar las etapas”, incluso traspasando los límites legales. La declaración de Linares de 1971, producto de un acuerdo entre MIR y sectores de la UP, representó la máxima expresión de ello, planteando rebajar el piso para la expropiación de tierras de 80 a 40 hectáreas, sin indemnización, ni derecho de reserva y con la enajenación no solo de la tierra, sino que de todos los bienes a su interior (maquinaria, insumos, ganado) (Avendaño, 2017). El MIR impulsaba a los campesinos a tomar directamente los fundos, de facto, sin cumplir los procedimientos previos de evaluación, ponderación y resolución administrativa de expropiación por parte de la autoridad correspondiente. Su objetivo era promover la radicalización del frente de masas de obreros y campesinos, para desplazar “el centro de decisiones desde los pasillos del Congreso y la Moneda a los sindicatos obreros y campesinos, única garantía del triunfo y la realización posterior del programa” (“El MIR frente a la situación política: a los obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y soldados”, en Farías, 2000, pp. 407-409). Los mismos consejos campesinos eran así concebidos como «órganos de poder popular», alternativos al gobierno.

Esas posiciones, para el PC eran la expresión de una cultura política marcada por la improvisación y el “voluntarismo” antes que en la planificación estratégica. Las pretensiones de acelerar el proceso de expropiación sin tener planes de manejo y sin preparación técnico-profesional previa, no consideraba las necesidades de la gestión de las haciendas estatales a cargo de la CORA ni la escasez de ingenieros agrónomos y demás técnicos para brindar a los campesinos la asistencia necesaria para mejorar la producción agrícola; tampoco tenía en cuenta la falta de capital, maquinaria, herramienta y agroquímicos que se requería para administrar los campos expropiados. Los comunistas operaron constantemente para enfriar esas acciones y aplicar criterios más realistas, inspirados a criterios de disciplina, y en el marco de la legalidad. Lo que entroncaba con una lectura del momento histórico basada doctrinariamente, en que la meta final tenía ser alcanzada gradualmente y por etapas, y reflejaba, además, el peso de los consejos de prudencia que llegaban desde Moscú. El PC insistía en la necesidad de encuadrar el proceso de Reforma Agraria dentro del marco de la ley, aconsejando moderación y gradualidad, teniendo en consideración la necesidad de lograr el objetivo estratégico de incrementar el volumen de producción agrícola para mejorar el abastecimiento del mercado interno (Corvalán, 1972, en Farías, 2000, pp. 2876-2899). Puso énfasis en la necesidad de organizar cuadros técnico-profesionales

eficaces para asegurar la administración eficiente de las haciendas estatales y, a la vez, concientizar y disciplinar a los campesinos para asegurar estructuras laborales productivas. En algunos casos se alcanzaron esos objetivos, sobre todo en lugares donde había bases consolidadas de cuadros militantes formados y disciplinados a través del sindicatos y estructuras partidarias del PC, tal como ocurrió en el caso del emblemático proyecto de Villa Seca y la hacienda *Mal Paso* (Luna Penna, 2015). En ese enfoque pesaba la enseñanza de la experiencia de los países socialistas, además de criterios que se desprendían directamente de la doctrina marxista-leninista. El mismo Lenin, hablando de la política de la clase obrera hacia el campesinado, advertía sobre el peligro de asustar y forzar a este “principal aliado revolucionario” (Lenin, 1920, p. 57). Era habitual en las declaraciones del PC textos como el siguiente:

*“Las tomas de fundos, que han sido una de las herramientas creadas por el movimiento campesino en el desarrollo de sus combates, no pueden ser desechadas; pero en este momento político concreto, como línea general, no favorecen los intereses del movimiento campesino, de la clase obrera y del pueblo y en ningún caso pueden ser definidas como táctica principal de las luchas campesinas (...) Aquella gente que, como método general de lucha, empuja las tomas de tierras al margen de las decisiones y orientaciones del Gobierno y la UP, les hace el juego, sin quererlo, a los provocadores”* (Díaz, 1971, en Farías, 2000, p. 700).

En este contexto, la polémica entre los comunistas y el MIR llegó a manifestarse en proclamas y discursos públicos que criticaban duramente a la contraparte, con el MIR que acusaba al PC de traicionar a los intereses de clase de los campesinos, mientras que el PC etiquetaba al MIR de ultraizquierdista y saboteador del gobierno de la UP. Cabe notar que, si bien el PC se orientaba a tutelar el carácter mixto de la propiedad, en línea con el programa del gobierno, también fomentó algunas iniciativas apuntaban a la nacionalización según un esquema pauteado y regulado, por ejemplo en el ámbito de los predios productores de vinos y el pisco. En esta iniciativa se aplicaron criterios de organización que se basaban en la experiencia de la URSS. Expresión de esa visión fue el proyecto de la *Empresa Pisquera del Estado, etc.* La idea era priorizar la industria del pisco para convertirla en símbolo emblemático del prestigio de la revolución socialista en Chile (Luna Penna, 2015). Para progresar en esa dirección, el gobierno avanzó en la expropiación de viñedos y destilerías, a la vez que intervino empresas distribuidoras de alimentos y bebidas, a las cuales las empresas pisqueras comenzaron a entregarle la mayor parte de sus destilados. El objetivo era crear un ente estatal que absorbiera las cooperativas pisqueras, con vistas a centralizar los procesos de embotellamiento, distribución y comercialización, tanto en el mercado interno como en las exportaciones. Esta situación generó tensiones incluso dentro de sectores que habían apoyado con entusiasmo la Reforma Agraria de la DC, como las cooperativas pisqueras, pero giraron hacia la oposición frente a la radicalización impulsada por el gobierno de la UP (Lacoste, 2023).

## **La URSS frente a la “vía chilena al socialismo”: prudencia y escepticismo.**

El intento de implementar experiencias como estas, y el mismo análisis de la situación reconducían al vínculo que el Partido Comunista tenía con el mundo socialista y con la misma Unión Soviética. De ahí, no obstante el amplio margen de autonomía y originalidad con que el comunismo chileno elaboró su política, venían indicaciones clave respecto a cómo conducir un proceso de reforma, que tomara acto de las enseñanzas de estos países. Y de ahí venían los criterios de fondo en que se fundamentaba la posición del partido, a partir de concepciones doctrinarias respecto a la que tenía que ser una marcha por etapas hacia la Revolución. Los comunistas chilenos consideraban que, dentro de su interpretación de la solidaridad internacional la Unión Soviética, tenía el “deber revolucionario” de ayudar a cualquier proceso político en los países del Tercer mundo que se declarase tener el objetivo de construir el socialismo. Frente al compromiso electoral de ese año, en 1970 el PC recibió de la URSS y los países socialistas una importante ayuda de 400 000 dólares (Ulianova y Fediakova, 1998). Sin embargo, tampoco podían esperar más de lo que los mismos lineamientos fundamentales de la política exterior soviética permitían. La llegada de Allende al poder planteó de hecho la redefinición del vínculo que tenía el Partido Comunista de Chile, y toda la izquierda de este país, con la URSS. Para la superpotencia soviética era muy distinto apoyar un partido en la oposición, a través de financiamiento más o menos velado, asistencia técnica y asesorías, como había ocurrido hasta entonces, que asumir abiertamente una alianza pública entre gobiernos ideológicamente afines. Pese a la ayuda entregada en 1970, desde un inicio la actitud de la Unión Soviética respecto al proceso que se abría en Chile, fue marcada por un interés mezclado con prudencia y cierto escepticismo, lo que derivaba de consideraciones de índole ideológica, económica y de política exterior. La posición de Moscú, de manera no distinta a otros asuntos internacionales, era, por otra parte, la expresión de las constantes transacciones entre un conjunto de actores e instituciones, cuyas visión e intereses no siempre eran coincidentes. La toma de decisión pasaba por la coparticipación y competencia de instancias como el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Politburó, el Comité Central, con el departamento internacional, la KGB, el Ejército, el Comité Estatal de Planificación de la Unión Soviética (Gosplán) para los asuntos económicos.

En general, desde el punto de vista económico, Chile presentaba poco interés para la Unión Soviética, y los vínculos comerciales eran poco significativos. Pese a las expectativas de los comunistas chilenos, considerando los serios problemas de producción y abastecimiento que experimentaba la propia URSS, un nuevo proceso socialista, al cual habría que prestar “ayuda internacionalista”, constituía un desafío poco conveniente. Es fundamental tener en cuenta la profunda crisis económica que se desencadenaba en la Unión Soviética, que veía cada vez más limitada su capacidad de financiar el desarrollo del socialismo real en el país,

mantener sus múltiples compromisos internacionales con el “campo socialista” y los países aliados y, al mismo tiempo, competir con Estados Unidos en carrera armamentista y nuclear. Si bien estas consideraciones no impidieron que la URSS se comprometiera en apoyar distintos procesos políticos progresistas en África y Asia (Westad, 2006), en lo que concierne la situación latinoamericana la actitud del gobierno y el Partido Comunista de la URSS estaba clara: no más Cubas. En ese aspecto pesaban consideraciones de orden geopolítico. En el momento de la llegada de Allende al poder, la Guerra Fría pasaba por una etapa de “distensión” en las relaciones entre Oriente y Occidente, lo que, en el contexto europeo, cristalizó en el congelamiento de la situación y en el reconocimiento de las respectivas esferas de influencia. Si bien esto no impedía que en otros contextos (como Asia y África) se produjeran conflictos armados que involucraban a las dos superpotencias en apoyo de los actores locales, en América latina primó el reconocimiento, por parte soviética, que el continente representaba una especie de “patio trasero” de los EE.UU., lo que no permitía tomar riesgos en esta región, considerando los costos políticos, materiales y logísticos que hubiese implicado<sup>9</sup>. A fines de los sesenta se planteaba eso sí, para los soviéticos, la posibilidad de un prometedor giro hacia la izquierda de los equilibrios en el continente (después de que la directiva cubana, tras la muerte del “Che” Guevara en 1967 y el fracaso de la estrategia guerrillera, había acercado posiciones con Moscú): la victoria de la Unidad Popular era vista como elemento positivo en ese escenario, así como la instalación de un gobierno militar progresista en Perú, pero no en la perspectiva de un experimento socialista<sup>10</sup>.

Los soviéticos veían, además, con perplejidad y desconfianza las diversas interpretaciones del socialismo que tenían los partidos de la izquierda chilena (Zorina, 1972, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 144). Por un lado, la postura oficial, basada en la necesidad de un camino “por etapas”, llevaba a adoptar una actitud crítica frente a toda expresión de “voluntarismo” y “aventurismo” presente en la coalición y en la izquierda. Un informe calificado preparado por la historiadora Irina Zorina, investigadora del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS, destinado al CC del PCUS, al gobierno soviético y a la KGB, señalaba que:

*“Antes del 1970 los miristas rechazaban absolutamente la posibilidad de llegar al poder pacíficamente, y ahora siguen afirmando que la conquista de la plenitud del poder político por la clase obrera de Chile inevitablemente estará acompañada por la violencia armada y la guerra civil. Consideran que la revolución tiene que apoyarse únicamente en la unidad en el proletariado*

9 Respecto a las implicancias de la distensión para el gobierno de Allende ver también las consideraciones de Tanya Harmer (2011, pp. 201-250).

10 Cabe recordar que a partir de la Revolución cubana Moscú había dirigido su interés hacia América Latina (lo que se había reflejado en la creación de un departamento latinoamericano del Ministerio del Exterior, de una sección latinoamericana de la KGB, y del Instituto de América Latina de la Academia de las Ciencias de la URSS). Sin embargo, sobre todo después de la crisis de los misiles, el optimismo había dejado paso a la prudencia, lo que había suscitado severos roces con el grupo dirigente de La Habana comprometido con la difusión de la lucha armada en el continente.

*urbano y los pobres del campo y la ciudad, sin considerar los sectores medios que para la revolución constituirían sólo un “balasto”. (...) La actividad práctica de la ultra izquierda dirigida al “empuje” de la revolución (tomas de tierra, de empresas, de edificios de vivienda, enfrentamientos con la policía) hizo un gran daño a la política de las fuerzas de izquierda” (Zorina, 1973, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 222).*

Por otro lado, los soviéticos no creían en la posibilidad de conjugar con éxito socialismo y democracia. La “vía pacífica hacia el socialismo” estaba en abierta contradicción con la doctrina revolucionaria de toma de poder de Lenin (Leonov, 1999, p. 53). De hecho, el general Nikolai Leonov, quien fue vicedirector del Departamento de Análisis e Información del KGB, recordó las críticas existentes al presidente Allende por no haber recurrido a métodos más decididos para salvar al gobierno después del “tanquetazo” de junio de 1973 y el asesinato de su edecán naval un mes después. El mismo Lenin enseñaba que “cualquier revolución vale algo cuando sabe defenderse” (Leonov, 1996, pp. 125-126).

Los documentos soviéticos que abordaron la cuestión de la Reforma Agraria reflejaban el debate entre los diversos sectores de la izquierda chilena sobre los ritmos y la profundidad de las reformas, y la compatibilidad del proceso revolucionario con el compromiso del gobierno a respetar la Constitución. Así, por ejemplo, respecto al “proceso de colectivización de los medios de producción mediante los recursos constitucionales”, A. Sobolev, director del Departamento de Historia del Movimiento Comunista Internacional del Instituto del Marxismo-Leninismo, planteaba (en 1975) que “el dilema fue presentado de la siguiente manera: colectivizar todos los medios de producción simultáneamente, lo que como se sabe era prácticamente imposible en el contexto de desarrollo pacífico de la Revolución, o no colectivizar nada”. Su conclusión era que esto “en la práctica significaba rechazar la viabilidad de la Revolución misma” (Sobolev, 1975, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 278). Otro aspecto relevante de la crítica fue la falta de planificación estratégica y coordinación. Se consideraba que a la coalición de gobierno le faltaba coordinación y consenso entre distintas entidades gubernamentales (ODEPLAN, Banco Central, Ministerio de Agricultura) en la implementación de varias reformas, incluyendo la agraria. Además, como recalca Yuri Koroliiov, historiador del Instituto de América Latina y uno de los más destacados especialistas en los asuntos chilenos, los partidos que integraban la coalición de Allende, luchaban entre sí para colocar en los puestos no a los mejores profesionales, sino que a sus propios militantes, con el efecto que, al abordar a los problemas económicos, “se orientaban por el proyecto político de sus partidos, pero no por el del presidente Allende” (Koroliiov, 1982, p. 46). El Informe de Vladimir Davydov, economista del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, quien estuvo en Chile entre julio y septiembre de 1973 asesorando a ODEPLAN, indicaba que el grupo de los planificadores que él integraba se encontró con dificultades, demoras de entrega de información por parte de los distintos departamentos de ODEPLAN y falta de entendimiento. Significativamente, señalaba que, “*en cierta medida*” los

responsables de la situación “serían aquellos funcionarios de organizaciones chilenas que tenían simpatías por los partidos burgueses y percibían las acciones del gobierno de la Unidad Popular con hostilidad” (Davydov, V., 1973, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 243)<sup>11</sup>.

### **La Reforma Agraria en los análisis de los soviéticos: “¡Marcha atrás, compañeros!”**

La cuestión de la Reforma Agraria puede ser considerada un prisma a través del cual es posible observar el conjunto de las preocupaciones con las cuales desde Moscú se veía la evolución del proceso político chileno. Pese a la valoración positiva del avance que la reforma había implicado en términos de relaciones de clases, en el análisis que varios expertos soviéticos hacían de la situación quedaban en evidencia muchos puntos débiles del proceso: las incoherencias en su organización general, las discrepancias que existían entre diversos sectores de la izquierda con respecto a los ritmos y profundidad de las transformaciones, y los efectos que estas estaban desencadenando en términos de producción y de consenso para el gobierno. El conjunto de esos factores a su vez repercutía en la disponibilidad de los soviéticos a prestar su apoyo práctico. En esta evaluación entraban directamente consideraciones de orden político, ideológico y económico. Desde un punto de vista ideológico, se consideraba que el proceso no cumplía con los requisitos de una Revolución socialista. Al mismo tiempo, incluso desde una perspectiva reformista, se consideraba que hubiese podido beneficiar de una mayor apertura de crédito, si no fuera por los numerosos problemas que caracterizaban su implementación.

Respecto a la falta de estrategia y divisiones internas, los documentos soviéticos recalcan a menudo la postura radical del Partido Socialista y, sobre todo, del MIR. Como señalaba Zorina en su ya mencionado informe de 1973, estos partidos:

*“Propusieron realizar las nacionalizaciones de toda la industria sin pagar indemnizaciones, bajar hasta 20 hectáreas la superficie máxima de predios contemplados por la Reforma Agraria y ejercer “una valiente transición a las medidas de carácter socialista – una eficiente planificación de producción, distribución y consumo”. El secretario general del PSCCh, C. Altamirano, en más de una ocasión declaró que durante el proceso revolucionario había que violar la constitucionalidad cada vez más audazmente, salir de los marcos del Programa (de la UP) sin tener miedo a los enfrentamientos armados con la oposición” (Zorina, 1973, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 221)<sup>12</sup>.*

11 Cursiva nuestra.

12 Las comillas fueron puestas por la autora en el documento original, citando, al parecer, a Carlos Altamirano, sin indicar la fuente.

En una conversación con el Embajador de la URSS en Chile, A. Basov, los representantes socialistas insistieron que “la UP debe acelerar el proceso revolucionario, entusiasmar las masas y guiarlas hacia adelante” (Basov, A., 1971, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 128). Por su parte, el mismo Basov, en una comunicación de 1972, llamaba la atención sobre la poca influencia que el mismo Allende tenía dentro de su partido y “la falta de entendimiento mínimo” en sus relaciones con Altamirano, señalando como este “desencuentro personal” fuese un factor importante para frenar las reformas (Basov, A., 1972, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 179). En el ya citado informe de Zorina se insistía en como la política agraria de los sectores más radicalizados asustaba a una parte considerable del campesinado, alejándola del gobierno de Allende:

*“Las tomas provocadoras de predios no incluidas en la Reforma Agraria organizadas por los grupos de la ultraizquierda han desmoralizado a los pequeños y medianos agricultores que generan la tercera parte de la producción agrícola del país. Todo eso condujo a una reducción considerable de la producción agrícola de mercado y alteró el proceso de suministro de carne y otros productos a la población.”* (Zorina, 1973, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 217).

Este punto ocupaba un lugar central también en los análisis elaborados en los años posteriores al golpe. Sobolev por ejemplo afirmaba:

*“...los extremistas de izquierda no se limitaban a las conversaciones abstractas sobre el socialismo. Ejecutaban la nacionalización individual de las medianas empresas industriales y de las granjas campesinas que no estaban sometidas a la nacionalización ni a la reforma. Estas acciones de “revolucionarios de izquierda” provocaban verdadero pánico entre los sectores medios del campo y la ciudad”* (Sobolev, 1975, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 280).

En 1977, la historiadora A. Galkina, en su contribución al libro “Lecciones de Chile”, en que se analizaban las causas del fracaso de la UP, coincidía con esta opinión, mencionando cómo algunos socialistas consideraban que había que utilizar la toma de la tierra por parte de los campesinos como forma de la lucha contra el latifundismo y como medio para “fomentar el crecimiento de la conciencia revolucionaria de las masas” (Galkina, 1977, p. 133).

Los académicos de la URSS recalcaban que, en gran medida, las dificultades se debían al hecho de que el gobierno de la Unidad Popular no tenía un punto de vista consensuado en cuanto a los objetivos tácticos y estratégicos de su política agraria. La cuestión guardaba relación con dos focos críticos. El primero reconducía a los efectos de la acción de gobierno en términos de alineamientos político-sociales. El segundo, al tema de la eficiencia productiva. Respecto al primer foco, los analistas estimaban que el gobierno de la UP sobrevaloró el nivel de preparación de las masas campesinas para “formas superiores de organización

agraria colectiva” (Galkina, 1977, p. 139). Según el diario de Basov, “durante el año recién terminado (1971) la influencia del bloque de la Unidad Popular disminuyó en amplios sectores de pequeños y medianos propietarios, y entre los campesinos y artesanos” (Basov, A., 1971, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 127). Por lo que concierne la Reforma Agraria, si esta, desde un principio, se encontró frente a la resistencia de los latifundistas, también terminó suscitando una respuesta negativa de muchos campesinos, que se oponían ingresar a cooperativas o asentamientos y sólo querían trabajar “su tierra” individualmente:

*“Un fuerte daño a los candidatos del bloque de la Unidad Popular hizo la actividad de las organizaciones de extrema izquierda, en primer lugar, del MIR, que aprobó la llamada declaración de Linares. Discrepando de los postulados del bloque gubernamental llamó a expropiar terrenos que superaban no 80 sino 40 hectáreas de rego sin que sus propietarios tuvieran derecho a indemnización”* (Gorojov, 1972, en Ulianova y Fediakova, 2000, pp. 136-137).

Cabe notar como el tema representaba una cuestión particularmente sensible para los soviéticos. La experiencia de los “socialismos reales” de Europa Oriental demostraba que uno de los principales problemas para un gobierno socialista era el problema agrario, y que el éxito o fracaso de cualquier revolución, en una sociedad de población mayoritariamente campesina, dependía de las relaciones entre el gobierno y el campesinado. En este sentido, era paradigmática la situación de Polonia y Hungría post 1956, cuando los partidos comunistas de estos países reconocieron que la colectivización realizada al estilo soviético tuvo resultados catastróficos para la producción agrícola, y devolvieron a los campesinos la posibilidad de trabajar su tierra en forma individual. Estas enseñanzas entraban en contradicción abierta con el discurso de aquellos sectores de la izquierda chilena que planteaban la importancia de acelerar las expropiaciones, para movilizar a los campesinos y promover la conciencia de clase de este sector, asegurando la convergencia con los obreros industriales y mineros. Los observadores soviéticos tomaban nota de esas declaraciones con profundo escepticismo. Según ellos, esa política, en vez de la realizar una “alianza revolucionaria” entre la clase obrera y campesina, provocaba exactamente lo contrario (*Lecciones de Chile*, 1977; Koroiov, 1982).

La segunda cuestión guardaba relación con la necesidad de implementar los cambios de manera tal de resguardar la producción y la capacidad de abastecer a la población, que era otro problema con que los soviéticos habían tenido que lidiar dramáticamente a lo largo de su historia. Pese a llamados constantes de la ultraizquierda a “acelerar el proceso revolucionario”, el proceso de destrucción de la estructura productiva de latifundios iba bastante rápido, lo que, sin embargo, no fue acompañado con la formación de un nuevo aparato de producción más eficiente y rentable. También muchos eran reacios a innovaciones tecnológicas. A las cooperativas recién creadas les faltaban cuadros profesionales, la experiencia en

administración de trabajo de tierra, formación técnica y mayor capacitación. Así, la Unidad Popular perdía al apoyo de parte de los sectores rurales y de los sectores medios urbanos, decepcionados por la ineficiencia en la resolución de problemas, la disminución de la producción agrícola, y la escasez de alimentos en la ciudad. De esto se aprovechaba la derecha, que exageraba el riesgo de expropiación para los campesinos propietarios y fomentaba la expansión del mercado negro (Galkina, 1977 pp. 131). Zorina sostenía que:

*“la rápida destrucción de la estructura productiva, acompañada por el sabotaje de terratenientes (eliminación de siembras, matanza de ganado) y por las acciones antigubernamentales (tomas ilegales de terrenos, intervenciones armadas de la reacción) provocaron la reducción en la producción del sector agrícola. Como resultado, en 1971 el gobierno tuvo que duplicar el volumen de importaciones alimenticias”* (Zorina, 1972, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 149).

Por su parte, Sobolev llamaba la atención sobre una cuestión central en la gestión de una economía socialista, la de los incentivos, con que, desde la era de la industrialización estaliniana, se premiaban a los trabajadores por “mejores resultados de su trabajo”:

*“La Reforma Agraria no fue acompañada por una asistencia económica técnica y crediticia necesaria lo que en muchos casos detenía el crecimiento de la producción agraria. En muchas empresas la participación de los trabajadores en la administración fue débil. El pago de salarios a los trabajadores sin tomar en consideración los resultados de su trabajo no estimulaba el crecimiento de la productividad del trabajo y favorecía el aumento del economicismo atrasado entre cierta parte de (los) obreros”* (A. Sobolev, 1975, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 278).

Esta situación se reflejó también en las tratativas entre el gobierno chileno y Moscú para que la URSS brindara su apoyo económico. A comienzos de 1972, el ministro Chonchol se entrevistó con el Embajador Basov, para solicitar el suministro de tecnología agrícola, “en particular tractores cuya necesidad se aprecia en 5 mil unidades en conjunto con el complejo de repuestos y máquinas correspondientes”. Cuando Basov, comprometiéndose a derivar la solicitud a su gobierno, consultó respecto al tipo de tractores y la cantidad de estos, Chonchol contestó:

*“que, por ahora, el asunto de la posibilidad de adquisición de tractores, se resuelve de principio. Se supone que los tipos de máquinas y su cantidad por cada país, al cual se dirigirá el gobierno chileno, se determinarán más tarde. Concretamente, a eso se dedicarán los especialistas del Ministerio de Agricultura de Chile (...). Lo principal es aumentar la conciencia política de las masas, conquistar nuevos contingentes de la población para el lado del gobierno, concluyó el interlocutor”* (RGANI: Diario del Embajador Basov, 1972).

Mientras el Embajador soviético requería respuestas técnicas sobre capacidades del equipamiento de maquinaria agrícola, el ministro contestaba de manera incierta, apelando a categorías político-ideológicas, lo cual contrastaba con el rígido sistema soviético de planificación centralizada<sup>13</sup>. Otro problema consistía en el hecho de que el gobierno chileno necesitaba estos productos de manera urgente, y está claro que la engorrosa burocracia soviética y el mecanismo económico de la URSS, gigantesco y planificado por próximos 5 años, no eran capaces de reaccionar a tiempo a las necesidades inmediatas de Chile.

Por otra parte, es significativo que, a pocos meses del golpe, desde la Embajada soviética en Santiago se informara al Comité Central de cómo la situación se estaba poniendo cada vez más crítica, evaluando las “perspectivas del gobierno popular y (los) pasos eventuales a seguir en la perspectiva de (prestar) nuestro apoyo y la solidaridad internacional”. La indicación de fondo era la de recomendar a Allende enfriar la acción:

*“Para la consolidación del gobierno popular, sería importante cambiar los ritmos de transformaciones revolucionarias, suavizar la presión a las amplias capas de pequeños y medianos propietarios, tomar medidas para fortalecer la unidad entre la clase obrera y el campesinado y las clases medias, construir una base socio-política más amplia para el gobierno popular. En este plano, sería recomendable, por el momento, no ampliar drásticamente el sector estatal, parar las requisiciones y tomas de pequeñas y medianas empresas y predios agrícolas. En donde se requiere, sería conveniente entregar la tierra a los campesinos. Sería importante otorgarles garantías reales y eficientes a los pequeños y privados emprendedores, a los propietarios, comerciantes, permitir la amplia participación de capitales privados y especialistas cualificados”* (RGANI: “Situación en Chile”, 1973).

De alguna forma, se les proponía a los chilenos dar “marcha atrás”, reducir los ritmos de la reforma, así como enseñaba la misma experiencia de los bolcheviques, cuando se vieron obligados a adoptar la NEP en 1921. Con la diferencia que, en Chile, los soviéticos no veían al horizonte ninguna perspectiva de socialismo.

13 Más tarde se logró armar finalmente la información definida de la calidad y cantidad de los tractores requeridos. En el análisis confidencial del Instituto de América Latina del octubre del 1972 está presentada la lista de productos, materiales y maquinaria que el gobierno de Chile solicitaría a la URSS a suministrar al país. Así, por ejemplo, se indica que: “la lista incluye tractores (marca MTZ-50, 8,5 mil unidades en total), maquinaria agrícola y de cosecha, camiones (600 unidades, maquinaria para la construcción de carreteras, máquinas y herramientas de cortar metales, equipamiento de prensa y de fragua, de construcción, equipamiento electrotécnico, motores estacionarios, medios para transporte aéreo, acero, cinco, caucho, productos farmacéuticos, así como aceite vegetal (3,5-4.0 mil toneladas al año y leche condensada (3-5 millones de latas al año) (s.f., Instituto de América Latina, 1972, en Ulianova y Fediakova, 2000, p. 200).

## Conclusiones

La Reforma Agraria representó uno de los cambios estructurales más radicales en la historia de Chile, al expropiar aproximadamente 9,8 millones de hectáreas (6,5 millones en el trienio 1970-1973), y acabar así “con el latifundio tradicional y con la vieja oligarquía terrateniente”, para usar las palabras ocupadas hace unos años atrás por el mismo Jacques Chonchol (apud Campos Bugueño, 2008, p. 247). El agro se encontró en ese entonces al centro de las tensiones que marcaron la época, debido a la encarnizada resistencia de los sectores perjudicados por la reforma, siendo, además, tras el golpe, escenario de represalias indiscriminadas con que estos trataron de saldar la cuenta con izquierdistas y campesinos. El proceso se inserta a pleno título en el contexto de la pugna ideológica que marcó la segunda mitad del siglo XX. Entre 1964 y 1970 las distintas visiones de los partidarios de la reforma y la de sus detractores fueron la expresión de la confrontación de proyectos de sociedad diferentes o derechamente opuestos, pero de alguna forma todos reconducibles al conflicto ideológico de la Guerra Fría. A una visión de la Reforma que gozaba de la bendición del departamento de Estado, se oponía otra que se inscribía en el campo adversario, si bien ambas visiones estaban tensionadas por vertientes internas, y otra contraria a todo tipo de transformación en el agro. Entre 1970 y 1973 la lógica se polarizó. Por un lado, estaba la pretensión de estar avanzando en función de la construcción de una sociedad socialista, si bien con caracteres originales y con distintos puntos de vista respecto a cómo llegar a ese objetivo. Por el otro, el miedo a que esto estuviese pasando, aún con diferencias relevantes respecto a cuál hubiese sido la alternativa deseable, incluso en lo que concierne el problema de la tierra. Desde el punto de vista del poder mundial que más encarnaba el “paraíso” (o el “infierno”, dependiendo de la perspectiva) socialista se trataba de dos construcciones imaginarias, cada una de las cuales tenía muy poco que ver con la realidad.

En los círculos políticos y de especialistas soviéticos se observaba el proceso chileno con simpatía, pero sin optimismo. La ayuda económica de la Unión Soviética fue limitada si bien proporcionó equipamientos, tractores, fertilizantes, materiales de construcción, entre otros. Más allá de la justificación y razón histórica de la Reforma Agraria, lo que impacta es el análisis de las limitaciones y errores en el proceso, independiente de que estos sean agravados por la acción del “enemigo de clase”, apoyado desde los EE.UU. El asunto de la Reforma Agraria, pese a no estar en el centro de las preocupaciones soviéticas respecto a Chile, fue en realidad bastante indicativo de las razones del escepticismo soviético respecto al proceso general impulsado por la Unidad Popular, en que pesaban consideraciones de índole geopolítico, económico e ideológico. Estas últimas eran complejas, y aparentemente contradictorias. Por un lado, la vía democrática no cumplía con los requisitos de una experiencia de organización socialista de la sociedad. Por otro lado, los intereses y la misma doctrina de las etapas revolucionarias tampoco aconsejaban que la construcción del socialismo debiese ser la tarea. En ese sentido un marco puramente reformista pudiese haber obtenido apoyo en caso de otra valoración de sus perspectivas. Además, el carácter “voluntarista” y

los excesos que marcaron las iniciativas de la izquierda chilena impedían que se diera una gestión eficiente del proceso.

La Reforma Agraria, desde la perspectiva soviética, no tuvo eficacia suficiente para convertir nuevas cooperativas en empresas rentables, ni para formar un fuerte campesinado sindicalizado que se convirtiera en una sólida base de apoyo al gobierno. La reforma se encontró con mala organización, descoordinación y falta de experiencia de sus ejecutores, aparte de sabotaje de latifundistas y acciones ilegales de la ultraizquierda. Como resultado, no solamente causó la disminución de productividad en el campo, sino que el crecimiento de hostilidad de los propios campesinos y su distanciamiento del gobierno. Del análisis de sus resultados a nivel productivo y de sus consecuencias desfavorables para las relaciones del gobierno con importantes sectores sociales (como el campesinado y la clase media), se desprendían algunas de las principales argumentaciones para cuestionar la viabilidad de la Revolución chilena.

## Bibliografía

- Avendaño, O. (2017). *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973*. Santiago: LOM.
- Bengoa, J. (2016). *Reforma Agraria y revuelta campesina*. Santiago: LOM.
- Botella, E. y González, A.L. (2023). “Land to the tiller. Debates en torno a las reformas agrarias latinoamericanas durante la guerra fría”. En F. Rodríguez-Jiménez, L. Delgado y B. Calandra (editores), *El americano imposible. Estados Unidos y América Latina: entre modernización y contrainsurgencia*, Madrid, Sílex Ediciones, pp. 199-232.
- Campos Bugueño, J. (2008). “A 41 años de la reforma agraria chilena: entrevista a Jacques Chonchol Chait”. *Revista Perspectivas*, no. 19, pp. 243-256.
- Canales, M., Razeto, J. y Valenzuela, R. (coordinadores) (2018). *Casta y sumisión. Chile a 50 años de la Reforma Agraria*. Santiago: Social-Ediciones.
- Correa, S. (2017). “Los expropiados”. *Revista Anales de la Universidad de Chile*, no. 12, pp. 203-231.
- Chonchol, J. (2018). *Por una nueva Reforma Agraria para Chile*. Santiago: LOM.
- Fernandois, J. (1998). “¿Peón o actor? Chile en la guerra fría, 1962-1973”. *Estudios Públicos*, no. 72, pp. 149-171.
- Harmer, T. (2011). *Allendé's Chile and the Inter-American Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Huerta, M. A. (1989). *Otro agro para Chile. La historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político*. Santiago: Chile-América-CESOC.
- Hurtado-Torres, S. (2020). *The Gathering Storm: Eduardo Frei's Revolution in Liberty and Chile's Cold War*. Ithaca-London: Cornell University Press.
- Galkina A. (1977). “Народное Единства и аграрный вопрос” (“La Unidad Popular и la cuestión agraria”). En *Уроки Чили (Lecciones de Chile)*, Moscú, Nauka, pp. 125-139.
- Garrido, J. (ed.) (1988). *Historia de la Reforma Agraria en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Illanes, M. A. y Recabal, F. (2014). “Liberación y democracia. Historia y memoria de la Reforma Agraria. Unidad Popular. Chile, 1971-2012”. En J. Pinto (ed.), *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*, Santiago, LOM, pp. 17-50.
- Koroliou, Y. (1982). Чилийская революция Проблемы и дискуссии. (*Revolución chilena. Problemas y debate*). Moscú: Mysl.
- Lacoste, P. (2023). “Reforma Agraria, inflación y control de precios: la cooperativa *Control Pisquero* (Chile, 1970-1973)”. *Historia* 396, vol. 13, no. 2, pp. 22-41.
- Lecciones de Chile (Уроки Чили)* (1977). Moscú: Nauka.
- Leonov, N. (1996). Лихолетье (*Tiempos difíciles*). Moscú: Mezhdunarodniye otnoshenia.
- Leonov, N. (1999). “La Inteligencia soviética en América Latina durante la guerra fría”. *Estudios Públicos*, no. 73, pp. 31-64.
- Lenin, V. (1920). *Obras completas*, vol. 41. Moscú: Instituto de Marxismo-Leninismo.
- Luna Penna, G. (2015). *Barbecho. Historia de la organización social de Villaseca*. Coquimbo: Letrarte.
- Moreno, R. (2014). *Sin Reforma Agraria no hubiese sido posible. Memorias de la Reforma Agraria chilena: 1958-1970*. Santiago: Ediciones Copygraph.
- Navarrete, J. (2020). “Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas *mapuche*, política de clase y ‘proyecto socialista’ durante el gobierno de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971)”. En R. Austin Henry, J.S. Vasconcelos y V. Canibilo Ramírez (comp.), *La vía chilena al socialismo 50 años después*, Tomo I, Santiago, Ocho Libros-CLACSO, pp. 495-519.
- Oszlak, O. (2016). *La trama oculta del poder. Reforma Agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*. Santiago: LOM.
- Palieraki, E. (2020). “Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)”. En R. Austin Henry, J.S. Vasconcelos y V. Canibilo Ramírez (comp.), *La vía chilena al socialismo 50 años después*, Tomo I, Santiago, Ocho Libros-CLACSO, pp. 339-359.
- Pedemonte, R. (2020). *Guerra por las ideas en América Latina (1959-1973). Presencia soviética en Cuba y Chile*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Quiroga, P. (comp.) (1989). *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Redondo, J. A. (2015). “Las tomas de fundos en la provincia de Cautín (Chile), 1967-1973”. *Cuadernos de Historia*, no. 42, pp. 153-178.
- Riquelme, A. (2014). “La Guerra Fría en Chile: los intrincados nexos entre lo nacional y lo global”. En T. Harmer y A. Riquelme (eds.), *Chile y la guerra fría global*, Santiago: RIL, pp. 11-43.

- Robles, C. (2020). "The agrarian historiography of Chile: Foundational, interpretations, conventional reiterations, and critical revisionism". *Historia Agraria*, no. 81, pp. 93-122.
- Tinsman, H. (2005). *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago: LOM.
- Tinsman, H. (2016). *Se compraron el modelo. Consumo, uva y la dinámica transnacional: Estados Unidos y Chile durante la Guerra Fría*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Ulianova O. (2000). "La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos". *Estudios Públicos*, no. 79, pp. 83-171.
- Ulianova, O. (2009). "Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el fin del mundo". En F. Purcell y A. Riquelme (eds.), *Ampliando miradas. Chile y su historia en el tiempo global*, Santiago, RIL Editores, pp. 235-259.
- Ulianova O. y Fediakova, E. (1998). "Algunos aspectos de la ayuda financiera del partido comunista de la URSS al comunismo chileno durante la guerra fría". *Estudios Públicos*, no. 72, pp. 113-148.
- Valdés, A. (2016). "A 50 años: balance de la Reforma Agraria chilena". *Libertad y Desarrollo (Serie Informe Económico)*, no. 258.
- Vasconcelos, J.S. (2020). "Revolución chilena y batalla de la producción agraria. Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino". En R. Austin Henry, J.S. Vasconcelos y V. Canibilo Ramírez (comp.), *La vía chilena al socialismo 50 años después*, Tomo I, Santiago, Ocho Libros-CLACSO, pp. 439-465.
- VV.AA. (2017). *Reforma Agraria chilena: 50 años, historia y reflexiones*. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.
- Westad, O. A. (2006), *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Basov, A. (Embajador de la URSS en Chile), "Descripción de la conversación del Embajador de la URSS en Chile con los representantes del Partido Socialista A. Sepúlveda, O. Ulloa y H. Del Canto", 26.12.1971, Centro de Conservación y Estudio de los Documentos de Historia Contemporánea (RTsJIDNI), pp. 127-128
- Basov, A. (Embajador de la URSS en Chile), 13.09.1972, Centro de Conservación y Estudio de los Documentos de Historia Contemporánea (RTsJIDNI), pp.178-180
- Davydov, V., "Materiales para la información sobre la estadía en la República de Chile, julio-septiembre de 1973", Archivo del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, pp. 241-257
- Gorojov, Y., "Resultados de las elecciones complementarias al Congreso Nacional en las provincias de O'Higgins, Colchagua y Linares", enero del 1972. Archivo del Ministerio de Exterior de la URSS, pp.134-138
- Sobolev, A.I., "Revolución y contrarrevolución: lecciones de Chile y problema de lucha de clases", 1975, para uso restringido, ejemplar no. 57, Instituto del Marxismo-Leninismo, adjunto al CC del PCUS, pp. 258-288
- Zorina, I., "Revolución chilena: ampliación de la base social. (Lo que han demostrado las elecciones parlamentarias)", *Problemas internacionales IMEMO*, no. 1, 1973, pp. 212-224
- Zorina, I., "Sobre el carácter del proceso revolucionario en Chile", *Problemas internacionales IMEMO*, no. 2, 1972, pp.139-155
- s.f., "Situación en Chile y perspectivas de colaboración económica soviético-chilena". Archivo del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, octubre del 1972, pp.181-202
- En Farías, V. (ed.) (2000). *La Izquierda Chilena 1969-1973. Documentos para su Línea Estratégica*. Santiago: Centro de Estudios Públicos (6 tomos):
- El MIR frente a la situación política: a los obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y soldados, septiembre de 1970, pp. 407-409.
- Informe de Jaime Gazmuri. MAPU. Segundo Pleno de la Dirección Nacional, 20-21 de febrero de 1971, pp. 682-696.
- Corvalán, L., "La Reforma Agraria es tarea de todo el pueblo. Informe al Pleno Agrario del PC, *El Siglo*, 14 de agosto de 1972, pp. 2876-2899.
- Díaz, V., "Ningún Gobierno ha hecho tanto en Chile en tan poco tiempo. Informe al Pleno del Comité Central del PC", 4 de marzo de 1971, pp. 696-712.

### Colecciones de documentos.

En Ulianova, O. y Fediakova, E. (2000). "Relaciones soviético-chilenas, 1970-1973", Serie *Antecedentes*, no. 35. Santiago: Centro de Estudios Públicos:

### Otros documentos de archivo.

Archivo Nacional Ruso de Historia Contemporánea (RGANI).

Diario del Embajador A. Basov, Secreto, 20.01.1972, pp. 3-7, fondo5, legajo 64, exp. 698.

Situación en Chile. Carta política. Embajada de la URSS en Chile a CC del PCUS, Absolutamente confidencial, 7 de junio del 1973, Fondo 5, legajo 66, expediente 1015.

### **Documentos en línea.**

Pastoral colectiva del Episcopado chileno, “La Iglesia y el problema del campesinado chileno”. 1962. Disponible en [https://www.iglesia.cl/detalle\\_documento.php?id=968](https://www.iglesia.cl/detalle_documento.php?id=968) (revisado: 26 de octubre de 2023).

Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende, Santiago: 1970, pp. 21-23. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7738.html> (revisado el 24/4/2023).